

La Superliga

Roy Berocay, Martín Blasco, Jorge Eslava,

María Inés Falconi, Ricardo Mariño,

Mario Méndez, Rafael Ordóñez,

Silvia Schujer, Ricardo Silva Romero

Ilustraciones de Augusto Spagnolo

loquele_o

El Negro Jefe

Roy Berocay

Maracaná era un monstruo rugiente. Un estadio, “el más grande del mundo”, convertido en caldero de pasiones; un gigante de cemento en el que solo se expresaba la certeza absoluta, esa que dominaba a las doscientas mil personas que componían el público bullanguero, de que no había sorpresa posible: Brasil, esa máquina goleadora, iba a consagrarse campeón del mundo por primera vez. Tenía que ser campeón. No había otra.

5

En las tribunas repletas, con más de 197.000 entradas vendidas, hombres, mujeres y niños aguardaban el momento de desatar un carnaval

de invierno, de salir a las calles a gritar y bailar hasta el amanecer.

6 “Traten de no perder por mucho”. Ese había sido el comentario, el aliento dado por los dirigentes a los jugadores de la selección uruguaya, a los once celestes que se presentaban a ingresar en aquel terreno infernal en el que los gritos se multiplicaban hasta crear una sola voz, una voz enorme: “¡Brasil! ¡Brasil! ¡Brasil!”.

Uruguay había llegado a la final después de partidos en los que había ganado o empatado ajustadamente, exceptuando el primer cotejo, en que había derrotado 9-0 a Bolivia. Brasil, en cambio, había goleado y gustado y, además, estaba un punto arriba de Uruguay en la tabla: el empate le bastaba para consagrarse Campeón del Mundo.

Sin embargo, los jugadores uruguayos no pensaban igual que sus dirigentes. Ellos eran

parte de un país pequeño y luchador, un país en el que la historia enseñaba que no siempre el más chico es el más débil.

El capitán uruguayo se llamaba Obdulio Varela, uno de esos mediocampistas que pelean cada pelota como si fuera la última. Era negro, muy serio, y dentro de la cancha era su voz la que mandaba; porque Obdulio, el “Negro Jefe”, como lo llamaban, era un hombre de pocas palabras y convicciones sólidas. Él sabía por qué estaban allí: habían ido a buscar la gloria, no tan solo a evitar un papelón.

Quienes lo conocían, afirmaban que Obdulio siempre había sido así, fuerte y leal, un hombre que emitía una rara energía, una electricidad que terminaba por contagiar a los demás.

En los partidos, más que un mediocampista de dientes apretados, parecía más bien un general al mando de sus tropas.

Por eso, cuando los celestes pisaron el pasto del estadio y la muchedumbre rugió su desaprobación, Obdulio, con la frente en alto, la mirada como perdida, se detuvo y dijo a sus hombres:

—¡Los de afuera son de palo!

8 Y los demás sabían que era cierto. Podían ser doscientos mil en las tribunas, podían gritar todo lo que quisieran, pero ahí, dentro de la cancha, solo estaban los jugadores de los dos equipos. Nada había que temer.

Por supuesto que todo estaba pronto para la gran fiesta. Sobre un costado del terreno estaba la Copa del Mundo Jules Rimet, que el propio dirigente (cuyo nombre llevaba ese trofeo) se encargaría de entregar a Brasil una vez que se cumpliera ese partido, ese mero trámite.

Porque, había que decirlo, en todo Brasil, quizás en todo el mundo, no había nadie que pensara en un resultado diferente. Solo ese

puñado de locos de camiseta celeste y pantalón negro –y quienes escuchaban el partido por radio, allá en tierras uruguayas– podía soñar con algo diferente a lo que el destino parecía haber escrito.

El partido era parejo. Brasil dominaba las acciones con jugadas rápidas sobre el área uruguaya. Los celestes, con entusiasmo y también con calidad, no parecían rivales fáciles; después de todo, se trataba de un equipo que tenía encima tres títulos mundiales, contando los dos olímpicos y el de 1930.

Pero el destino parecía seguir al pie de la letra el libreto y Brasil conquistó un gol. El estallido de alegría hizo temblar el cemento. Ahora sí que nada podría detenerlos, nada. Pero... ¡un momento! ¿Qué hace ese número 5, ese tal Obdulio?

Como si el mundo entero se hubiese evaporado, como si no existiera nada fuera del

contorno de esa cancha, Obdulio había agarrado la pelota, la había colocado bajo su brazo y así, erguido, serio, comenzó a caminar no hacia el centro de la cancha, sino hacia el árbitro. Avanzaba despacio y seguro, sin ninguna señal de debilidad, de temor o de
10 duda. De a poco la tribuna comenzó a enmudecer. ¿Qué hace este loco? ¿Qué se propone?

Obdulio llegó hasta el árbitro y se detuvo. Lo miró fijamente y ensayó una protesta, hizo grandes gestos como para que la gente lo viera. En realidad sabía que no había nada que protestar, que el gol había sido legítimo. Pero con su caminata se proponía enfriar un poco el partido y transmitir la idea de que no estaban derrotados, de que los celestes todavía iban a dar batalla.

Y así fue. Con habilidad y pierna fuerte, poniendo el alma en cada jugada, los celestes lograron adelantarse en el terreno. Juan



Alberto Schiaffino, a quien muchos consideraban el jugador más habilidoso y elegante del Uruguay, ingresó al área, recibió un pase cruzado de Alcides Edgardo Ghiggia y disparó al arco. De pronto, en un raro momento, el Maracaná quedó mudo: era el gol del empate y solo los hombres celestes lo celebraban, sepultados bajo un creciente murmullo.

Fueron apenas unos segundos de duda, porque el empate también garantizaba el título a Brasil. Por eso, tras ese breve paréntesis, el aliento cayó en cataratas desde las tribunas.

Ahora esas voces ya no transmitían tanta seguridad, sino nerviosismo y también algo de duda, una duda que nadie se atrevía a expresar en voz alta: ¿y si...?

Para Obdulio, todos los que no eran uruguayos eran “japoneses”, y se lo había dicho a sus hombres: había que ganarles a esos “japoneses”. Era posible.